

1. EL JUICIO Y EL INGENIO

CUANDO un hombre se vuelve loco, los que se creen cuerdos empiezan a decir que ha perdido el juicio, pero no pueden afirmar que ha perdido el ingenio. No existen dementes con juicio; pero locos con ingenio los hay a mares. Y las épocas son como los hombres: pueden darse edades que se vuelvan locas, mientras una opulencia extraordinaria de invenciones técnicas y de artificios prodigiosos atestiguan ante todos la inmensidad de su ingenio. Es lo que sucede con nuestro siglo.

Cuando la dictadura de las masas no había trastornado las cosas y las personas, convirtiendo a las personas en cosas, el juicio y el ingenio convivían amigablemente en el templo y en el palacio, en el taller de artesano y en el hogar paterno, en los burgos y en los campos. Los desórdenes y los desequilibrios entre ambas fuerzas humanas eran manifestaciones esporádicas de ese mal que toda cosa lleva consigo por el hecho de ser limitada. Los abusos eran abusos, pero no se alzaban con los usos para imponer un modo de obrar uniforme que consagrara el desorden. Esto último es lo que sucedió con el advenimiento de la democracia, y su expresión más patente se halla en este paradójico mundo que ahora vivimos, donde la ascensión material del nivel de vida es deslumbradora, pero contrasta con la obnubilación de las leyes políticas y religiosas que forjan el espíritu público de la civilización.

En toda sociedad bien ordenada cabe distinguir hombres de juicio y hombres de ingenio, distinción que se advierte al estudiar la actividad de una persona. En una persona el juicio es la capacidad de juzgar si algo es falso o verdadero, estimando en su justo precio los quilates de su valor. Y el juicio no ha de ser confundido con otra disposición muy diferente, que suele llamarse ingenio. Gracias al ingenio hay hombres hábiles para sacar, todas las primaveras, nuevas formas de inventos con que asombrar al mundo.

En cada uno de nosotros el juicio debe ejercer una ceñida vigilancia sobre el ingenio, porque éste es bueno para todo, pero no basta, y, cuando rompe el freno de sus lozanías, se desboca y nos conduce al desastre. El juicio dirige, sojuzga y mide las creaciones del ingenio, y regula el uso de los artefactos que éste engendra. Y en la sociedad pasa lo mismo. Las piezas de la estructura social están pulidas por el ingenio, pero se mantienen sujetas por los tornillos del juicio. De nada sirve el pulimento y la cultura de una sociedad si no se mantiene en los quicios de leyes y costumbres que nos hagan tomar sobre los hombros las cargas morales de la civilización. Y no se olvide nunca que los tornillos del juicio, lo mismo que los tornillos materiales, se aprietan girando a la derecha, y se aflojan en dirección contraria. Si bien es un consejo saludable el no apretarlos tanto que se pasen de rosca.

Los representantes del juicio, los prudentes, han constituido y deben constituir en adelante el elemento conservador de la sociedad. El juicio es esencialmente conservador. En el terreno de la política debe personificarse en el rey, principio conservador del orden social, y también en la nobleza,alzada a los oficios públicos por méritos de las armas y de las letras. Una de las más desoladoras señales de la inconsciencia en que viven muchos hombres que se dicen monárquicos es su despreocupación por el problema político de la auténtica nobleza. Un rey no puede reinar solo sin convertirse en déspota. Pero tampoco puede servir al pueblo sin una clase intermediaria, que tenga una estabilidad y una educación política, y de la que en verdad pueda decirse que lleva las inspiraciones del

Poder hasta el pueblo, y recibe de este último, para transmitir las al rey, las necesidades y las inquietudes populares, asegurando el ejercicio de la justicia social.

En el terreno de lo religioso, el juicio nos acerca hasta el divino y soberano ser, Rey invisible del reino espiritual, servido en el templo por los ministros del altar, que se encargan de conservar por los siglos el fuego de las tradiciones sagradas.

Muy diferente es lo que sucede con los hombres del ingenio, con los artistas, que han constituido y deben constituir siempre el elemento innovador de la sociedad. El ingenio es una capacidad esencialmente innovadora. Es la virtud de los productores frente a los conservadores, es el germen fecundo de los trabajadores, y si he hablado de artistas –frente a los prudentes– es porque conozco la diferencia que hay entre la prudencia y el arte¹.

Modernamente se ha restringido mucho la extensión de la palabra artista, que en castellano designaba a todos los que ejercen un arte liberal o mecánico, y tienen capacidad para construir obras manuales o mentales mediante una actividad voluntaria sometida a la regulación del entendimiento. Y es cierto que hay arte no sólo en la persona que concibe un proyecto factible, sino también en los productores que bajo la dirección del artista lo ponen en ejecución; hombres que también pueden llamarse artistas, por su participación operativa en el ingenio del que los dirige.

Con esto ya está dicho que en lo político y temporal el ingenio tiene su personificación en el pueblo, y en toda la variada floración de las profesiones liberales e industriales. Pueblo al que corresponde, en el campo de lo religioso, el plantel de los fieles.

En una sociedad así, que en términos de raigambre aristotélica podríamos llamar «monárquica», hay equilibrio entre el juicio y el ingenio. Pero con las revoluciones populares, de carácter burgués o proletario, se remueve e insubordina el ingenio humano, aspira a romper las barreras del juicio, y quiere alzarse con toda la sociedad, invadiendo el territorio de la política y de la religión, custodiadas por el juicio de los prudentes. Surgen así las épocas revolucionarias, en que las innovaciones del ingenio se saltan todos los diques con fuerza de catarata, y en que se quiere rehacer el orden de la sociedad pública con la misma alegría con que se organiza un festejo.

Los políticos y los reformadores religiosos se reclutan entonces entre los proyectistas y los soñadores. Nacen los jefes de partido y los jefes de secta, que se multiplican como si fueran jefes de taller, cada cual con su «programa» y con su «mensaje». Y el Estado, cargando con todas las cargas que debían pesar sobre las sociedades privadas, se venga de éstas interviniéndolas con mano férrea y nacionalizándolo todo. Y así es como hoy se vive, en un piélago de insensatez brillante, donde el ingenio concibe y pare cada día nuevos prodigios.

Pero el ingenio, sin el freno del juicio, es a la larga un dispositivo destructor. Produce y produce febrilmente, inventa sin cesar, pero es porque consume y destruye con avidez insana. Y como falta el juicio, que es el único principio conservador de las sociedades, se va fatalmente hacia la guerra, que es la destrucción que el ingenio ambiciona para poder lucir de nuevo, sobre los campos desolados, su capacidad inventiva y productiva.

No es una casualidad que la representación tangible del ingenio sean hoy esas máquinas o artificios de guerra que sirven para ofender o defenderse y que se llaman «ingenios». Estos artefactos están hoy a flor de labio, suben a la superficie de la conciencia a la menor amenaza de conflicto, como si las demás invenciones, la «radio»,

¹ Cfr. del autor, *La Prudencia Política*, II P., cap. 2; y *Filosofía del Saber*, lib. IV.

la televisión, las naves voladoras, y la profusión de libros, de películas y de papeles públicos con que hoy se asfixia el nuevo rico de la democracia, no bastaran para desvanecer el temor de que tanta y tan mal distribuida riqueza puede conducir a la catástrofe.

Supremo desarreglo de nuestro mundo. Tirantez entre el juicio y el ingenio. En otros tiempos de que nos habla la Historia era el juicio el que mandaba sobre el ingenio, y éste, púdico y temeroso, se miraba a los pies y andaba alerta para no incurrir en la admonición de los prudentes. Hoy es al revés. Hoy es el ingenio, el poco juicio que aún queda en el mundo, quien anda temeroso y pensativo, porque tiene miedo a las explosiones del ingenio: del «ingenio» atómico.

2. FANÁTICOS Y SECTARIOS

CUANDO se celebraba un Congreso de Filosofía a la luz de numerosas Cumbreiras llegadas de todo el mundo, y al que tuve que asistir yo en calidad de luciérnaga, vino a vernos, en un intervalo de las sesiones, el representante del Instituto de la Opinión Pública del país, rogándonos que le descubriéramos nuestra filiación política. Jamás me vi en tal aprieto. Salí del paso como pude, diciendo que yo era «hombre sin fanatismo que lee a Kant». El empleado no había oído jamás el nombre del filósofo de Koenigsberg, pero hoy consta en los papeles públicos mi flamante declaración, y otras habrá menos airosas.

Lo más gracioso del caso es que un señor que me escuchaba, miembro también de aquel Congreso, percibió en seguida el busilis de la cosa, y cuando le pidieron su filiación política respondió sin embarazarse: «Hombre sin sectarismo que lee a...» Y aquí un nombre inequívoco: Santo Tomás de Aquino.

Nos hicimos amigos, y muchos días pasábamos las horas que nos dejaban libres las sesiones charlando en un parque frondoso, con grandes avenidas, que al atardecer se alargaban hasta perderse en la penumbra verdinegra de un lago.

El sesgo generoso que habían tenido nuestras casuales declaraciones nos llevaba a hablar de los fanáticos y de los sectarios. El fanatismo parece ser fenómeno de derechas, al paso que en las izquierdas es donde el sectarismo granjea mayor número de adeptos.

No podíamos sufrir a los fanáticos. Son personas que están siempre en el secreto de la verdad, sin que el menor titubeo en el discurso racional les parezca plausible. Se fijan en una conclusión, y por muy discutible que sea, nadie les arranca de su postura. Odian la poesía y la belleza de los crepúsculos; y disparan a mansalva con sus sentencias rígidas, llenas de la tiesura de que usó el capellán de los duques para recriminar a Don Quijote.

Pues ¿y los sectarios? Estos reciben siempre con una sonrisa despectiva el nombre de los autores que no son de su bando. Viven atados a una cadena de dimes y diretes, con que mutuamente se socorren en las adversidades. Se dicen a sí mismos liberales, siendo los avaros de la liberalidad. Detestan la claridad del silogismo; son los camaleones de las novedades del siglo, y creyendo dar un embate a la inmutabilidad de Dios, topan contra una inmóvil estatua.

Era la discreción lo que buscábamos. Era la necesidad de lo que huíamos. No nos oponíamos a las pretensiones de los que creen en la verdad e intentan enardecer a los demás hombres para que la descubran. No tratábamos tampoco de socorrer la mengua de los unos con la redundancia de los otros, porque no queríamos hacer contradicción a los fanáticos ni resistencia a los sectarios para introducir después una medicación insegura, presunto medio entre los dos extremos, zona templada y tibia, que con su misma tibieza pregonase a las claras su escasa vitalidad.

Mi amigo sabía que yo no era persona de medias palabras y él tampoco daba a nadie el corazón a medias. Por eso rechazábamos de consuno lo que hoy llaman «posición tercera». El tuáutem de todo era conseguir el respeto para las posturas nobles y claras, no el anularlas en una tercera composición o mixtura en la que se disolvía el meollo y el alma de lo liberal y de lo humano. Buscábamos una liberalidad sin liberalismo y una humanidad sin humanismo, y no se nos daba un ardite lo que pensaran de esto quienes vivían aferrados a sus prejuicios e intereses, y eran incapaces de apreciar nuestra límpida originalidad. Así iban ellos a pagárnoslo.

Señero como un gavilán, mi amigo mostraba la generosidad de su pecho al hablarme de Donoso Cortés. Escogía a este ejemplar del pensamiento conservador porque toda su obra era el monumento de un celoso observador de la verdad, sin componendas, compromisos ni transacciones de ninguna especie. Y a Juan Donoso Cortés, ¿quién se atrevería a llamarle fanático? Ni aun en sus momentos de mayor exaltación, en el Ensayo

sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, o en las visionarias perspectivas de su Carta al cardenal Fornari, puede nadie oponer a la causa de Donoso el menor reparo que señale un exceso o una mengua en las virtudes intelectuales y morales que confortaban la mente y el corazón del extremado extremeño.

Yo no quería ser menos en achaques de liberalidad y, buscando un autor de izquierdas al que no se pudiera llamar sectario, me acordaba de Sorel. Quizá Jorge Sorel, contradictor de las posiciones medias, enemigo declarado del socialista Jaurés, pudiera ser tildado de extremoso. Y, con todo, nadie podría, con razón, llamarle sectario. El sindicalismo revolucionario tiene una significación tan opuesta, que por poco que se tengan ojos vese a las claras la incongruencia de la apelación. Por eso los escritos de aquel soñador de los mitos sociales, que se vio acosado sin piedad por el comunismo de Lenin y por la plutocracia americanizante, pudieron ser aprovechados por Carlos Maurras, paladín del pensamiento monárquico francés, y por Benito Mussolini, príncipe de más que medianas prendas, que mereció mejores amistades y mejores tiempos.

De esta suerte, personas tan poco partidarias de una «tercera posición», como mi amigo y yo, podían entenderse cuando profesaban sus opiniones con entereza, ausencia de hipocresía, caballerosidad, atención a las razones del adversario y respeto a las leyes de la beligerancia.

El trato y la conversación creció tanto entre nosotros dos, que un día levantamos el ánimo al pensamiento de ganar amigos, y de coligarnos con ellos para componer un gremio de discretos, que en aquel lugar no existía; pero que ¿dónde iba a tener mejor nacimiento que a la sombra de un Congreso de Filosofía? Hicimos las diligencias necesarias con los compañeros, procuramos con todas las fuerzas posibles desvanecer recelosas cautelas, echamos el bofe a conseguir el asenso de los más reacios, distribuimos numerosas esquelas, que contenían un enjundioso programa, y que citaban a junta en un lugar, un día y una hora fáciles de recordar por todos.

No cabíamos de gozo en el local recién alquilado, una sala un tanto destartalada, con sillas forradas de terciopelo, un estrado, una mesa larga y dos sillones para los conferenciantes. Hasta entonces todo llevaba buen camino y prometía próspero suceso, y ya nos parecía tocar con las manos el principio de un movimiento de sensatez, el comienzo de una acción prudencial, en que vendría a coligarse con nosotros un conjunto de señaladas personas.

La tarde era tristona. Había llovido toda la noche anterior, y las nubes no se habían despegado en todo el día del horizonte. Ahora comenzaba a llover otra vez, y la lluvia golpeaba monótonamente sobre el techo encristalado del salón. Mi amigo ya había llegado, porque la reunión era a las cinco. Pronto comenzó a mirarme y le noté algo inquieto: eran las cinco y diez y en la sala no había un alma. Transcurrió un cuarto de hora. Combatían nuestro corazón ansiosos pensamientos. Me asomé a una ventana. A lo lejos se difuminaba la arboleda del parque donde tanto charláramos, y las fábricas mezclaban el humo de sus chimeneas a las nubes indiferentes del cielo gris. Pasó otro cuarto de hora. Y otro. Mi amigo ya no mostraba turbación. Yo le miraba con serenidad. Estábamos solos.

3. HAMBRE Y METAFÍSICA

ENTIENDO por ente metafísico una persona que tiene capacidad para vivir perpetuamente sin comer ni beber nada. Y apoyo esta definición en la autoridad equina del doctor Rocinante. En estos tiempos en que muchos hombres discurren como caballos, es conveniente consultar a caballos que discurren como pocos hombres. Cuando Babiéca, en un soneto de las primeras páginas de *Don Quijote*, pregunta a Rocinante: «¿Es necedad amar?», el titulado bruto le responde: «No es gran prudencia.» Y es entonces cuando Babiéca le apostrofa con estas palabras: «Metafísico estáis», a las que Rocinante contesta dando esta sibilina explicación: «Es que no como.»...